

EL DESCANSO PRODUCTIVO,  
NOTAS SOBRE EL ORIGEN DE LA PALABRA "OCIO"

Domingo Román Montes de Oca

"Nunca estéis ociosos; ocupaos siempre en algo útil" era el lema institucional de la escuela básica en la que estudié. Muchos años después, encontré en España una publicación semanal de nombre *La Guía del Ocio*, en la que aparecían las referencias de cine, teatro, televisión, exposiciones de pintura, conciertos, etc. Por supuesto, yo quería participar de las actividades que esa guía del ocio promovía. A pesar del lema rector de mi escuela, usé *La Guía del Ocio* sin sentimiento de culpa.

Con lo anterior quiero mostrar que coexisten hoy día dos valoraciones, o connotaciones, opuestas de la palabra "ocio": por una parte, se trata de una idea negativa, o sea, se entiende que es algo que hay que evitar y, por lo mismo, las palabras "ocio", "ociosidad" y "ocioso" se usan para señalar un defecto, para formular una crítica o bien para indicar un estado (o actitud) que hay que evitar. Además, un antiguo refrán dice "La ociosidad es la madre de todos los vicios"; este refrán y el lema de mi escuela de infancia estaban cortados por la misma tijera ideológica.

Por otra parte, aunque con una presencia más débil, tenemos una valoración positiva: el nombre de la publicación mencionada al comienzo es una muestra de ello; también hay algunos que creen en algo que llaman la utopía "de la civilización del ocio", otros hablan, refiriéndose más o menos a lo mismo, de "la sociedad del no trabajo". Este sentido, más positivo de la palabra, aparece menos en nuestra lengua cotidiana.

En cambio la palabra "trabajo" tiene una fuerte carga positiva, que me parece que es la más frecuente en el uso habitual. El trabajo es deseable, necesario, edificante, hace "poner los pies en la tierra", etc. Nadie se espanta al observar un "ofrecimiento de trabajo", o porque alguien dice que "busca trabajo".

Miremos ahora, aunque sea de forma somera, la historia de estas palabras.

Al tomar un diccionario latino, nos encontramos con que la palabra *otium*, de la que proviene nuestra actual voz "ocio", ha tenido varias acepciones, que varían en las épocas y en la pluma de los escritores. Aparece la noción de 'descanso' y de 'reposo'; también ha significado 'retiro', 'soledad'. En otros casos expresado el concepto de 'calma' y de 'tranquilidad'. Por supuesto, también

aparece con el contenido de 'tiempo libre'. De lo anterior se desprende que para los romanos el ocio era fundamentalmente positivo. Ese tiempo libre les permitía la contemplación filosófica y el desarrollo de las artes.

Existía también un concepto correlativo y opuesto al de la palabra "ocio", era el *nec otium*, literalmente, 'no ocio' y que significaba básicamente 'ocupación, quehacer'. El verso de Horacio dice "Feliz aquel que está apartado de los negocios", que Fray Luis de León rescribió "Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido".

Nuestra palabra "trabajo" tiene un origen bien particular: existía un castigo romano que se realizaba en una estructura compuesta por tres palos, es decir, un cepo de madera, en el que se colgaba al culpable y se le golpeaba cuando estaba cabeza abajo. Esta penalización en esos "tres palos", o *tripalium*, era, precisamente llamada *tripaliare*. De allí proceden, nada menos, con una serie de cambios fonéticos nuestras palabras "trabajar" y "trabajo". Etimológicamente el trabajo era un suplicio, lo que implica que necesariamente no debe haber tenido, en su momento, las buenas valoraciones que hoy posee.

Por supuesto que mucho agua ha corrido bajo el puente desde los romanos hasta nuestros días. El mismo devenir histórico de las culturas y tradiciones de occidente ha hecho sedimentar unas representaciones sociales que se expresan, obviamente, en nuestro lenguaje. En esos fenómenos habría que buscar las causas de que se hayan invertido las valoraciones: lo que era positivo hoy es fundamentalmente negativo y viceversa.

Ya en el primer siglo de nuestra era, la palabra *otium* se encuentra asentada y le corresponderá un largo y variado curso semántico hasta llegar a su estado actual.

Para los antiguos soldados romanos campesinos el *otium* era el tiempo que les quedaba libre cuando no estaban dedicados a las tareas agrarias y a las operaciones militares. En su caso, las ocupaciones políticas no ocupaban gran parte del tiempo, salvo en algunos momentos de la vida social. Así, la primera oposición de conceptual se da entre *otium* y *militiae* (concebida como principal *negotiae*). A partir de esta oposición, la palabra significó 'paz social'; de ese estado pasó a denotar 'la tranquilidad de las existencias privadas', 'el apoliticismo sereno'.

Combinados el hecho de la aparición de la función de los dirigentes políticos y la liberación de ciertas tareas apoyada en la existencia de la esclavitud, el término se orienta semánticamente hacia el culto de las musas y la contemplación filosófica.

En la composición originaria de esta palabra, confluyen dos significaciones: por una parte, la de

'suspensión de las armas' y, por lo mismo, la idea de 'movimiento libre'; por otra parte, la idea de 'protección' y de 'resguardo' aplicable, por ejemplo, en el ámbito marítimo. A partir de ese estado fue extendiendo su significado y haciéndose aplicable a otros campos, hasta llegar a nuestros días en que además de significar 'cesación del trabajo', su significado incluye, en cualquier diccionario más o menos completo del español, la noción de 'inútil'.

Hoy, en que los tiempos mencionados en estas notas se ven tan lejanos, no deja de sorprendernos la alteración valórica que ha experimentado esta pieza del idioma. Tal vez sea este un buen ejemplar léxico que puede permitir comprender en perspectiva una serie de asuntos de la mayor importancia que están relacionados con la historia de las representaciones sociales y sus manifestaciones lingüísticas.

Para más información, se puede consultar, el *Diccionario Critico Etimológico de la Lengua Castellana*, de Joan Corominas y el texto de André, J. M., (1962) *Recherches sur l'otium romain*, publicado en los *Annales Littéraires de l'Université de Besançon* (vol. 52), Paris.